

La cuestión turística en las Islas Baleares. Una aproximación sociológica (Parte I)

Por Nadal Perales Oliver

Introducción

En su tesis doctoral *Geografías del capitalismo balear* (2012), Iván Murray disecciona de forma reveladora el corazón del organismo social balear: la producción y la actividad turísticas. Con ella, el geógrafo balear sentó un precedente en la academia balear y nacional en lo que se refiere a estudios críticos de una realidad socioeconómica (y uno de los motores económicos nacionales y regionales) que tradicionalmente han gozado de mayor blindaje intelectual y político. De la actividad turística se puede escuchar que es beneficiosa al promover el contacto entre culturas, que es una de las actividades que mayor PIB y puestos de empleo aportan en el planeta, o que ayuda a reactivar zonas sumidas en la inopia social. Este trabajo se adscribe en el conjunto de aquellas investigaciones que pretenden desmenuzar ese talismán intocable que, hasta hace relativamente poco, era el turismo. Esta comprensión sagrada es producto, fundamentalmente, de la extensión de un relato acrítico que entiende que las islas habían vivido en la oscuridad hasta que la dictadura franquista trajo la luz con los turistas. El propósito de este trabajo es abrir nuevos cauces, a partir del análisis de algunos de los ejes que conforman dicha actividad, por los que la sociedad balear pueda decidir qué futuro quiere.

En 1891 Miquel dels Sants Oliver (1864-1920), hijo del propietario del periódico mallorquín *La almudaina*, publicaba una serie de artículos bajo el título “Desde la terraza” en los que señalaba las potencialidades turísticas de la isla como yacimiento de riqueza. Poco más de 100 años más tarde (en julio de 1993), Dionys Jobst, diputado cristiano-social del Bundestag, proponía convertir Mallorca en el land (Estado federal) número 17 de Alemania, dada la riqueza que los ciudadanos alemanes dejaban en ella. Esa indecente propuesta remarca la necesidad decimonónica de que alguien hubiera preguntado a Miquel dels Sants Oliver: ¿qué tipo de riqueza y riqueza para quién? Más allá del sarcasmo, parece que estos son los riesgos a los que una población se expone si decide confiar su futuro a la mercantilización de su tierra: sobrevivir sin soberanía ni identidad. Tal como Durkheim argumentaba, en nuestras sociedades existen hechos sociales que las ciencias sociales son capaces de examinar a la luz de criterios confiables, entre los cuales se puede incluir el turismo. Por ello sorprende la escasez de teoría crítica que, al menos en el Estado español, ha habido hasta hace pocos años en torno a este fenómeno. El turismo, así como un fenómeno que puede comprenderse desde varias de las distintas parcelas del conocimiento, es un hecho social cuyas repercusiones penetran en diversas esferas de la sociedad moderna. La industria turística actúa como cristalización de la acumulación por desposesión capitalista: impactos ambientales, mercantilización y privatización de espacios naturales, de espacios urbanos (vivienda) y, a nivel general, produce una transformación casi completa de la fisonomía de los sistemas urbanos de las sociedades avanzadas. El

auge de esta industria fue posible básicamente a partir de la relativa democratización, fruto de las mejoras en las condiciones de vida que propulsaron los pactos sociales de postguerra (siempre a costa de renunciar al control de los medios de producción), que experimentó dicha actividad después de la II Guerra Mundial.

El turismo como sistema de producción capitalista en la sociedad post-industrial

La extensión del tiempo libre derivado del tiempo de trabajo remunerado a partir de aquel momento del siglo XX fue la condición que posibilitó la aparición y consolidación del turismo de masas en las sociedades capitalistas. No obstante, los orígenes del turismo como fenómeno social se remontan a la génesis de las primeras civilizaciones humanas. Ya en época de la Grecia Clásica, algunos escritos de Píndaro, poeta del siglo -VI, relatan los desplazamientos de miles de personas a la ciudad de Olimpia para disfrutar de los Juegos Olímpicos. Son muchas las modalidades de viaje que existieron (desde los viajes por motivos de salud como las escapadas de guerreros romanos a aguas termales hasta las peregrinaciones católicas medievales) hasta que en 1841 Thomas Cook organiza el primer viaje planificado de la historia y, diez años más tarde, crea la primera agencia de viajes del mundo. Parece evidente que originalmente la actividad turística y los viajes, si no eran actividades forzadas por las circunstancias de cualquier índole, estuvieron vinculados a los segmentos sociales más privilegiados.

El turismo como producto de la sociedad urbana e industrial (Hobsbawm, 2011) empezó a tomar forma a mediados del siglo XX, cuando el capitalismo industrial dio origen a dos modalidades de viaje de placer directamente relacionadas con la pertenencia a una clase social determinada: el turismo para el conjunto de las clases trabajadoras y las vacaciones de verano para la burguesía. El turismo es, entonces, una actividad que debe ser tenida en cuenta en el marco de todo un conjunto de transformaciones (sociales, políticas, económicas) que conformaron la industrialización. Sobre los principios de bienestar y contención del conflicto social que dominaron buena parte de la agenda política mundial tras la firma de los pactos sociales de postguerra, el turismo experimentó un desarrollo masivo durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta. Esta es la misma época en la que algunos autores como Daniel Bell marcan el tránsito de la sociedad industrial capitalista a una sociedad postindustrial (Bell, 2006).

Una sociedad postindustrial puede dibujarse, entonces, en torno a la primacía de los servicios por encima de los bienes en el modo de producción. En este tipo de sociedad la fuerza de trabajo deja de ser el elemento central y exclusivo del proceso productivo, aunque siga siendo un elemento nuclear. Esta fuerza de trabajo convive ahora con otros factores como la información, en muchas ocasiones recogida gracias a la energía "industrial", tal y como ocurre con los sistemas de transporte (aéreo, marítimo o terrestre) que hacen posible la actividad turística, una actividad basada en los servicios. Para comprender la palabra servicios cabe distinguir, dice Bell, diferentes etapas en la transformación de la sociedad industrial en postindustrial. En primer lugar, se desarrollan los servicios de transporte como auxiliares para el desarrollo de la industria. Posteriormente, el desarrollo de la población erigido sobre el consumo masivo de bienes comporta un incremento en la distribución de bienes, las finanzas, inmuebles y seguros. Por último, el crecimiento de la renta nacional que experimentan las sociedades industriales implica que la proporción de dinero que la

población gasta en comida comienza a disminuir y empieza a invertirse en bienes duraderos (casas, automóviles, etc.). Además, dicha proporción de dinero empieza a invertirse en ocio, placer y diversiones; en el esparcimiento humano, en definitiva. Es así como comienza a desarrollarse un sector terciario que se orienta a los servicios personales y no ya a la producción y la transformación de bienes, centrado en el “juego entre personas”. Nace así la industria del entretenimiento y, con ella, empiezan a expandirse los horizontes y los gustos de la población, así como aparecen nuevas necesidades derivadas de la irrupción y consolidación de la sociedad del consumo: deportes, restaurantes, viajes, autoservicios, medios de comunicación de masas, etc.

El turismo ha pasado, así, de ser concebido como una industria inocua y benigna a ser tratado como uno de los principales vectores que configuran la panorámica de lo que algunos autores han dado en llamar “modernidad tardía”. En algunas regiones del planeta, por ejemplo en el Caribe (Blázquez, 2016), ha tomado la forma de uno de los principales motores que transforman la apariencia de ciudades y regiones enteras. No obstante, parece que la escasa soberanía que conservan las diversas instancias políticas del planeta es insuficiente para poner freno a una de las actividades económicas más relevantes en el circuito y flujo de capital global. Tal y como se conoce hoy día, el turismo global es un engranaje esencial del funcionamiento del capitalismo avanzado: según datos de la Organización Mundial del Turismo, en 2017 el peso del turismo en la economía mundial (conformada, principalmente, por economías de mercado) alcanzó el 10,4% del PIB mundial, superando al crecimiento de la economía mundial por más de un lustro y situándose entre las principales actividades económicas a escala planetaria. Según esta misma fuente, para más del 80% de los países, el turismo es una de las actividades que más peso aportan a las exportaciones y una de las principales fuentes de divisas. Por otra parte, gracias a los datos ofrecidos por el Banco Mundial, es bien conocido que empresas turísticas como Royal Caribbean Cruises, Priceline Group o aerolíneas como Delta Airlines (algunas de las mayores compañías turísticas) son corporaciones globales cuyo valor bursátil asciende, de forma conjunta, a los 110.000 millones de dólares, evidenciando las conexiones del mundo financiero y el capital turístico como vía de acumulación de capital.

Evolución y cifras del turismo de masas. Breve recorrido histórico por España y las Islas Baleares

A nivel conceptual, la industria turística ha sido siempre un sistema de producción internacional, ya que se basa en la movilidad de las personas de sus lugares de origen a los destinos turísticos. No obstante, algunos autores como Ioannides y Debbage (1998) consideran que, para un análisis más preciso del fenómeno, resulta útil distinguir dos etapas del turismo de masas: el turismo de masas dentro del régimen industrial-fordista, que entra en crisis en 1970 como resultado de la crisis del petróleo y, por otro lado, el turismo de masas dentro del régimen post-fordista (propio de las sociedades post-industriales). Estas últimas empiezan a dinamitarse de la mano de los gobiernos de Thatcher y Reagan durante la década de los ochenta y culminan con la globalización capitalista. Sin embargo, cabe admitir que previamente a esta distinción el turismo nace como expresión de la sociedad del consumo y la opulencia (hasta la década de los cincuenta el turismo era elitista), anticipada en el siglo XIX en Inglaterra y en Estados Unidos desde los felices años veinte. El término sociedad del consumo, ya descrito en 1899 por Thorstein Veblen en su obra *La teoría de la*

clase ociosa, hace referencia a la primacía del consumo como principal forma de integración y diferenciación sociales como consecuencia de la producción masiva de bienes propia del modelo fordista. La aplicación del consumo turístico como distinción social resulta en la aparición y distinción entre conceptos como “turismo de sol y playa”, caracterizado históricamente por sus bajos precios, o “turismo de calidad”.

Durante el régimen de producción industrial-fordista (aproximadamente hasta la década de los setenta), el turismo se basaba en paquetes de viaje estandarizados (principalmente bajo la lógica del turismo de sol y playa en España y otros destinos mediterráneos como Grecia e Italia) pensados para un público masivo, al contrario del tipo de turismo elitista que existió con anterioridad. Posteriormente, en un proceso análogo a las lógicas de individualización y personalización que algunos autores como Bauman o Lipovetsky detectan desde principios de la década de los setenta, el turismo dentro de la globalización capitalista de las últimas décadas se caracteriza por un diseño personalizado y flexible donde los turistas determinan qué, dónde y cuándo desean consumir un determinado producto turístico. Esto fue posible, entre otras causas, gracias a la considerable reducción de los precios de los pasajes que muchas aerolíneas efectuaron durante la era del petróleo barato (aproximadamente desde 1980 hasta 2004). La cifra de turistas internacionales que ofrece el Banco Mundial justifica dicha distinción: si en 1995 la cifra apenas alcanzaba los 524 millones de turistas, en 2017 las llegadas de turistas internacionales (visitantes que pernoctan lejos de su lugar de residencia) alcanzaron un total de 1235 millones en 2016. Este incremento está en la línea de la previsión a largo plazo de la OMT para el período 2010-2020, con un 3,8% de crecimiento anual.

España y las Islas Baleares, como parte de Occidente y del sur de Europa, están sometidas a dinámicas que tienen que ver con el régimen de acumulación capitalista concreto de cada momento, el cual determina la dirección y evolución del turismo en ese periodo. Con los pactos sociales de postguerra, Occidente entra en una etapa que algunos han bautizado como “la edad de oro del capitalismo”. Durante esta época empiezan a perfilarse las relaciones del turismo mundial, en las que unos países forman parte de los países emisores y otros, como el Estado español, conforman la “periferia soleada de Europa” que tendría que absorber dicha masa de turistas. En esta coyuntura se produce un excepcional boom turístico que desde el régimen franquista se califica como “milagro español”. Dicho boom solo fue posible después de que el régimen franquista fuera aceptado y reconocido por la comunidad internacional a raíz del tratado que Estados Unidos firmó con España en 1953. Ello significó la incorporación española a la ONU en 1955 y la normalización de las relaciones internacionales con el régimen franquista, incluidas las comerciales. Ya en 1951, Franco creó el Ministerio de Información y Turismo con el objetivo de vender una buena imagen del territorio español como destino turístico ideal, lo que quedaría demostrado ya pocos años después.

Desde entonces el Estado español fue convirtiéndose en uno de los destinos más elegidos entre los trabajadores europeos para pasar las vacaciones estivales: era barato, seguro, próximo a Europa y con un clima y unas playas muy aptos para practicar este tipo de actividad. El régimen franquista vio una oportunidad perfecta para recibir el dinero necesario para alcanzar otros objetivos económicos, como el desarrollo de instalaciones industriales relevantes que condujeran a la industrialización del país. Aun así, la llegada de

viajeros internacionales (pues pocos nacionales podían permitirse el lujo de viajar dadas las condiciones de vida) estuvo y ha estado siempre sometida a los vaivenes políticos y sociales del resto del mundo y a la coyuntura del régimen de acumulación capitalista. Según datos de la tesis doctoral de Iván Murray (2012), si en 1950 apenas llegaba medio millón de turistas, en 1970 la cifra aumentó y se multiplicó por más de 40 hasta alcanzar los 21, 2 millones de turistas, beneficiándose de este modo de los treinta años gloriosos del capitalismo (con un crecimiento anual del 39,09%).

Según datos de este mismo instituto, la década de los setenta se tradujo en un crecimiento mucho más pausado, aunque igualmente notable, alcanzando los 32, 9 millones de viajeros internacionales. Ello fue fruto de la situación de crisis económica y política global (fruto, a su vez, de la crisis del petróleo), a lo que en el caso del reino de España tuvo que añadirse la muerte del dictador. Fueron años de fuerte inestabilidad política y social que el sector turístico español, en plena efervescencia, supo sortear con soltura. A partir de esta misma década, el peso del sector servicios en el PIB experimenta incrementos constantes: pasa de un 46,2% en 1970 a un 56,5% diez años más tarde. Bajo la égida de la reestructuración política y económica que demandaba la entrada a la Comunidad Económica Europea (posteriormente la UE), en 1989, con Felipe González consolidado en el poder, llegaron 50,9 millones de viajeros internacionales que en 2001 se incrementarían hasta los 76,3 millones, de acuerdo con las series históricas del INE. Tras la caída de Lehman Brothers y la consolidación de la crisis, la tasa de desempleo superó en España el 26% en 2013. Tras este mínimo histórico se crearon más de 1,4 millones de puestos de trabajo, de los que uno de cada cuatro (alrededor del 26%) fueron empleos vinculados al sector turístico, según datos de Turespaña, un organismo público adscrito al Ministerio de turismo. Se convirtió así en el pilar de la recuperación económica, aunque los empleos turísticos presentan otra cara menos visible macroeconómicamente: la precariedad y la estacionalidad. Según la oficina estadística de la UE, el Eurostat, durante 2017 más de uno de cada cuatro trabajadores españoles tenían un contrato temporal, mientras que la media europea no alcanza el 14%. Ya en 2017, el peso del sector servicios en la economía española superaba el 74% y, según datos de la Organización Mundial del turismo, más de 115 millones de viajeros internacionales llegaron a territorio español en 2017. De esta forma, el sector turístico concentra en torno al 14% del PIB y el 13% de la ocupación, reafirmando su calidad de motor de la economía española.

a) Islas Baleares

Dentro del Estado español, son unas pocas regiones las que históricamente han absorbido buena parte de la actividad económica vinculada al turismo. El archipiélago balear, formado por las islas de Mallorca, Menorca, Ibiza y Formentera, es una de las regiones que desde la segunda mitad del siglo XX ha experimentado más transformaciones fruto de la industrialización turística. Esta se ha convertido en la principal actividad económica que tiene lugar en las islas, ya que alrededor suya se articulan el resto de las actividades económicas. Siguiendo las elaboraciones de Onofre Rullán (1998), la cronología del fenómeno turístico en el archipiélago puede entenderse a partir de tres booms que se relacionan con las diferentes etapas del capitalismo mundial de la segunda mitad del siglo XX. El primer boom viene de la mano del reconocimiento internacional al régimen franquista, allá por la década de los cincuenta, cuando el turismo se convirtió en la vía más

importante para conseguir divisas. Según datos del mismo trabajo de Rullán (en el que hace un recorrido histórico del PIB turístico), dicho PIB superaba en aquella época (en la década de los cincuenta y principios de los sesenta) el 55%. Así pues, la dependencia económica y social de dicha actividad ya era patente desde los inicios del fenómeno. De acuerdo con los datos que facilita el IEC (Instituto de Estudios Catalanes), en 1960 las Islas Baleares recibían alrededor de 400000 turistas.

El segundo boom coincide con el inicio de la re-regulación neoliberal y comprende desde la crisis del petróleo (1973), año en el que llegaron unos 2,8 millones de turistas (según datos del Instituto de Estudios Catalanes), hasta la caída de la Unión Soviética (1991). Durante este periodo aparecen las principales cadenas hoteleras baleares (Barceló, Meliá, Riu, Iberostar) que preconizaron la internacionalización de Baleares como destino turístico. También aparecen las primeras voces que exigen controlar dicha actividad para la protección del territorio y evitar la destrucción del medioambiente que acompañaba al crecimiento turístico. Frente a la presión constructora derivada de la creación de nuevas plazas turísticas en grandes bloques de apartamentos, en 1973 nace el “Grup d’Ornitologia Balear” (GOB), una organización ecologista cuyos objetivos son la defensa, la divulgación y el estudio del medioambiente de las Islas Baleares. Cuatro años más tarde de su fundación, el GOB ocupaba “Sa Dragonera” -un islote deshabitado situado al suroeste de Mallorca- logrando que, finalmente, se evitara su urbanización. Los datos del IEC confirman que el PIB vinculado a la actividad turística durante esta época rondaba entre el 40% y el 45% del porcentaje total. Ya en 1990, el IEC cifra en unos 5 millones el número de turistas que visitaron las islas.

El tercer boom se corresponde con los inicios de la globalización capitalista, que pronto vio crecer cierta oposición manifestada en el concepto de desarrollo sostenible, acuñado por vez primera en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro que la ONU celebró en 1992. Con ello empezó a materializarse cierta preocupación en torno a los límites del crecimiento y la necesidad de emprender proyectos económicos, como las actividades turísticas, desde la perspectiva de la sostenibilidad. Durante la década de los noventa el turismo continuó generando riqueza, como bien demuestra que la renta per cápita en el archipiélago en 1993 fuera un 26,3% superior a la del conjunto del Estado y el PIB de los servicios concentrara el 83,77% del total (datos procedentes del INE). Hasta la crisis económica de 2008-2011, cuando el porcentaje de PIB vinculado al turismo cayó hasta el 40%, el PIB turístico se situó siempre por encima del 45%, cifra que ya recuperó en 2016, según el Instituto Balear de Estadística. De acuerdo con las estadísticas del IBESTAT, en 2016 se alcanzaron cifras históricas en cuanto al número de turistas internacionales, cuando poco más más de 13 millones de personas visitaron el archipiélago balear, un 10,81% más que en 2015.

Esta cifra aumentó un 6,1% en 2017, con un total de 13.790.968 turistas internacionales. La literatura científica consagrada al estudio del turismo en estas islas no duda en bautizar este nuevo periodo como el cuarto boom, vinculado directamente a la desestacionalización del sector y a la crisis geopolítica que se vive en buena parte del Mediterráneo. Según datos de la Conselleria de Trabajo, desde 2009 el poder adquisitivo de los residentes de las islas ha bajado un 3,4%, empobrecimiento general que contrasta con esos récords sucesivos que han llevado la facturación a máximos y han duplicado el

número de turistas en la isla. Todo ello obliga a hablar del modelo balear como el paradigma de monocultivo turístico. Según Turner y Ash (1991), este es un concepto con el que se expresa la posición hegemónica del turismo en una economía, convirtiéndose en el eje que vertebra todas las demás actividades económicas. Este monocultivo ha ido fagocitando otras formas de economía en Baleares como el sector textil o la industria zapatera. Enmarcado de una forma según la cual el turismo se presente como la única vía que tiene la sociedad balear para medrar (teoría del framing de Lakoff), parecen escasos los argumentos en contra de la industria turística. Sobre todo, cuando es esta, además, la que mantiene encendido el motor económico de la sociedad española y balear.

No obstante, resulta absolutamente señalar que este marco de referencia lleva asociada una noción de desarrollo y crecimiento muy concreta y reduccionista, construida sobre indicadores puramente económicos. Por esta razón es indispensable ampliar los horizontes de análisis y abandonar el reduccionismo de estos y otros indicadores económicos. Ello tiene como objetivo entender que detrás de esas cifras y conceptos se esconde una fuerte carga socio-ecológica en territorio balear, así como poblaciones enteras cuyas vidas no pueden reducirse a datos macroeconómicos. El argumento económico, monetario, mercantil constituye, en última instancia, todo un marco de referencia al servicio de unos intereses particulares. Habitualmente, y muy especialmente en Baleares cuando se habla de turismo, se acepta de forma acrítica que el PIB es un indicador de bienestar social: cuanto más alto, mejor vivirá la gente. Lo cierto es que este y otros sistemas de contabilidad nacional presuponen y fomentan una visión de sistema económico pretendidamente cerrado y equilibrado, aislado del medio en el que este tiene lugar. En este sentido, podría considerarse el turismo como una actividad local exportadora de servicios cuya contribución al PIB la convierte en toda una institución sagrada. Sin embargo, el turismo no debe entenderse como aquellas actividades orientadas a servir a los turistas, sino como un fenómeno estructural: el turismo se convierte en una fuerza urbanizadora y de ella emergen diferentes actividades que configuran el modelo socioeconómico balear (construcción, restauración, transportes, actividades industriales, etc.). Entender el sistema económico como un sistema continuamente interrelacionado con el entorno es una tarea que puede acometerse desde diversas disciplinas y conceptos como el de sostenibilidad fuerte.

Recuperar la visión de conjunto

Entre tanto debe excusársenos a los que no aceptamos esta etapa muy primitiva del perfeccionamiento humano como el tipo definitivo del mismo, por ser escépticos con respecto a la clase de progreso económico que excita las congratulaciones de los políticos ordinarios: el aumento puro y simple de la producción y de la acumulación.

J. Stuart Mill

Los intentos por contabilizar la renta nacional son posteriores a la revolución marginalista (el predominio de la escuela clásica en el pensamiento económico) y significaron la consolidación de la ciencia económica como reina de las ciencias sociales. Esta revolución implicó que a partir de la década de 1870 la ciencia económica, construida sobre la base del monismo motivacional (el egoísmo como motor de la conducta humana) y la teoría de la utilidad marginal, se alzara como la ciencia social más parsimoniosa y capaz de dar cuenta del funcionamiento del mundo social (imperialismo económico de la ciencia

económica). Fruto de ello se fueron desarrollando indicadores para medir el desarrollo económico y social de una sociedad concreta, excluyendo de su análisis el medioambiente y el entorno en el que estas son posibles. En 1940, John Maynard Keynes (1883-1946) realizó uno de los primeros trabajos sobre la contabilización de la renta nacional, conocido con el nombre de *Cómo pagar la guerra*. En 1950, la OEEC (Organización Europea para la Cooperación Económica) supeditaba la ayuda que los Estados recibían a través del Plan Marshall a la elaboración de distintos cálculos de la riqueza, convirtiéndose así en una herramienta del capitalismo para la domesticación y el control de los Estados. Desde entonces y desde que, a finales de la década de los setenta, el Sistema Europeo de Cuentas Económicas Integradas (SEC) de la Comunidad Económica Europea (CEE) alcanza el estatus de norma jurídica (SEC-79) y uniformiza a sus integrantes, estos instrumentos económicos se han identificado con conceptos como crecimiento y progreso, y han guiado la política de la mayoría de los estados capitalistas, conformando todo un marco de referencia al servicio de la dominación capitalista.

De entre muchos de los conceptos que pueden ser de utilidad, el concepto sostenibilidad, así como los indicadores que se derivan de él, sirven como contrapunto a la lógica del desarrollo y fueron introducidos en las ciencias sociales por autores como John Stuart Mill (1806-1873). Esta noción se ha ido elaborando y sofisticando en el último siglo en el marco de una filosofía crítica de la economía, con nombres propios como el de José Manuel Naredo (1942). Mientras que desarrollo alude a un proceso lineal, de cada vez mayor crecimiento económico y de explotación de la naturaleza, el concepto sostenibilidad apunta a una realidad bien distinta. La categoría sostenibilidad, que proviene de las ciencias de la vida y la ecología, sigue una lógica circular e incluyente y representa la tendencia de los ecosistemas al equilibrio dinámico y a la interdependencia. Desde esta perspectiva desarrollo y crecimiento dejan de ser sinónimos, así como el crecimiento económico dejaría de ser el objetivo de la sostenibilidad. La sostenibilidad pone el acento en un tipo de desarrollo mucho más abierto y ambicioso que el simple crecimiento económico. Hoy día, el término sostenible se ha popularizado, tras la aparición en 1987 del Informe de la ONU sobre Nuestro futuro común como “aquel desarrollo que satisface nuestras necesidades actuales sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas”. Esta definición apuesta por la sostenibilidad débil, aquella que mantiene la obligación de las generaciones presentes de comportarse de manera que las generaciones futuras tengan opción a vivir, al menos, tan bien como las actuales. No obstante, desde 1987 dicho concepto ha sufrido un proceso de trivialización y se ha vaciado de contenido, viéndose reducido a la retórica de la sostenibilidad (Murray, 2012). Es por ello por lo que autores como Naredo hablan de la sostenibilidad fuerte como escenario deseable a nivel internacional: la reorientación de la tecnología, la reestructuración del sistema económico y la gestión ambiental serían los tres ejes de la filosofía de la sostenibilidad. Además, parece que dichos ejes pasan, inevitablemente, por incentivar el papel de la proximidad en el ciclo producción-consumo.

El uso y la difusión de indicadores económicos que se ubiquen fuera del marco de la teoría económica neoclásica y de su reduccionismo monetario, como bien son el metabolismo socioeconómico y la huella ecológica, sientan las bases para una concepción más abierta y precisa sobre el mundo social en el que habitamos. Estos indicadores alternativos forman parte de los indicadores de sostenibilidad (fuerte), en un intento para medir tanto el bienestar como la economía de las sociedades actuales, contemplando

también los costes ambientales (para los indicadores débiles, expresados monetariamente). Los indicadores de sostenibilidad fuerte, a diferencia de los indicadores de sostenibilidad débil, cuestionan el modelo de sociedad en el que se integra una economía, así como el origen de los conflictos en la interacción entre sociedad y entorno. Por otra parte, apuestan por el pluralismo científico al considerar a los sistemas económicos como abiertos por la interrelación entre los distintos sistemas que conforman nuestro entorno, y atendiendo principalmente a los límites biofísicos de la economía. Estos indicadores permiten explicar partes esenciales del capitalismo y su funcionamiento alejándose del reduccionismo y del fuerte componente normativo que contienen los sistemas de contabilidad nacional, tales como el PIB u otros indicadores orientados a contabilizar la riqueza nacional (Murray, 2012). Estos indicadores, menos reduccionistas y con aspiraciones a medir y referirse al funcionamiento de la economía y de la sociedad en su conjunto, como los indicadores de sostenibilidad que se expondrán a continuación, resultan indispensables para construir un contrarrelato hegemónico que permita avanzar hacia modelos de sociedad más justas, sostenibles, menos dependientes del carbono y donde los individuos puedan elegir libremente su proyecto de vida. Esta urgencia radica en la necesidad de justificar y legitimar numérica y económicamente aquellos proyectos políticos que quieran actuar y llevarse a cabo en un contexto de crisis del modelo neoliberal, donde toda justificación es, en último término, monetaria.

Fueron ya Marx y Engels, en un contexto en el que las ciencias naturales avanzaron notablemente en su conocimiento de la realidad, los primeros en apuntar las relaciones existentes entre el individuo y la naturaleza, así como entre la sociedad y aquella: todos los modos de producción de la historia se han servido de materiales que extraen de la naturaleza para, a través del trabajo y otros procesos materiales, transformarlos en útiles para la sociedad humana. Posteriormente, sin embargo, las ciencias sociales han tenido cierta tendencia a marginar esta cuestión en sus análisis y diagnósticos. Aun así, algunos intentos como el del sociólogo Herbert Spencer (1820-1903), quien establecía que el progreso social se vinculaba a la cantidad de energía disponible de forma tal que las diferencias culturales derivan de la posibilidad de desarrollo que se experimenta al gozar de un excedente energético, sentaron otros precedentes en esta dirección. En la actualidad, la cuestión del metabolismo social parece haber cuajado en la obra de algunos estudiosos del turismo como Iván Murray. El concepto de metabolismo socioeconómico ha sido conceptualizado y (re)inventado hasta que Marina Fisher-Kowalski publicó en 1997 un capítulo en su obra *Handbook of Environmental Sociology* en el que presentó el concepto como una nueva forma de profundizar en el estudio tanto de los diferentes modos de producción, como del consumo de las diferentes civilizaciones a lo largo de la historia. Detrás de esta aproximación socioeconómica subyace la idea de que la economía y el medioambiente están en constante interrelación, pues la primera sólo puede tener lugar dentro de la Biosfera. Como nueva forma de analizar los flujos de materiales, el concepto alude al proceso constituido por inputs (materias primas) y outputs biofísicos que se resumen en los materiales y energía que se extraen del medio, procesados a través de la sociedad y que son devueltos al medio en forma de residuos y/o emisiones contaminantes (Iván Murray, 2012). Los recursos naturales, materias primas u outputs (agua, aire, recursos bióticos y recursos abióticos) que provienen de los sistemas naturales son transformados por las economías en bienes y/o servicios que son devueltos a la biosfera en forma de residuos y emisiones (outputs). La metodología del metabolismo socioeconómico, que permite tratar un sistema económico -local o global- o, más generalmente, a una unidad

de organización social en términos de ecosistema y su metabolismo, sirve como alternativa a los indicadores estándares elaborados por la teoría económica ortodoxa para medir y contabilizar la evolución de la economía, los cuales tienden a olvidar -deliberadamente- las implicaciones ecológicas de todos estos procesos económicos.

La producción de espacios turísticos

Considerar la cuestión ambiental en el análisis del turismo como actividad socioeconómica es de suma importancia. Ello se debe a que la base sobre la que se desarrolla la actividad (económica) turística son los bienes comunes, sobre todo en aquellos destinos que, como las islas Baleares, dicha actividad se construye sobre espacios y tierras naturales como la costa (el modelo de “turismo de sol y playa”). En el imaginario colectivo balear (con las consabidas peculiaridades entre islas), existe cierta tendencia a atribuir al turismo el progreso, la modernización y la evolución histórica como región. Aunque el desarrollo de la actividad turística a lo largo del siglo XX sirve para interpretar la transformación social y cultural que han vivido las islas, el archipiélago entró al siglo XX incorporado de lleno en la división internacional del trabajo como un espacio periférico dedicado a la exportación: zapatos, bisutería y productos de la agroindustria. Las iniciativas empresariales, políticas y culturales eran de gran calado y estaban ya inmersas indiscutiblemente en la historia del capitalismo contemporáneo y de la modernidad occidental. La realidad es que para algunos sectores es imprescindible tener el pasado de su favor para seguir justificando el presente. La especialización turística balear, el monocultivo turístico, no se construyó sobre un folio en blanco, sino que se forjó a partir de mordaces procesos desposesión y privatización de espacios naturales (entre los que la costa es su principal víctima), como bien ocurre con otras tantas regiones del capitalismo histórico mundial.

La noción “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004) se utiliza para describir un proceso propio del capitalismo que ha venido extendiéndose desde la década de los setenta en buena parte del globo y que responde a la necesidad que tiene el capitalismo de crear nuevos espacios para los mercados de su naturaleza. Este es un elemento clave para entender tanto los primeros procesos de desposesión y privatización masivas en los albores del capitalismo que Marx reunió bajo el concepto de “acumulación originaria”, así como los procesos económicos actuales. Estos últimos se iniciaron durante la década de los setenta cuando el régimen de acumulación (que consiste en la reinversión de la ganancia generada en el proceso productivo, lo que la convierte en un elemento distintivo del capitalismo) fordista se estaba agotando y este requería de nuevas formas de acumulación, en este caso por “desposesión”. La caída del Muro de Berlín a finales de 1989 aceleró la expansión de estas nuevas dinámicas capitalistas que han dado en llamarse “neoliberalismo”.

Los defensores de la ideología neoliberal presuponen que los mercados abiertos, competitivos y sin regulación alguna (sin interferencias estatales), representan el mecanismo más adecuado para el crecimiento económico. Sin embargo, la llamada “desregulación” económica fue, en realidad, un régimen re-articulador, una re-regulación económica resultado de la intervención estatal sobre los mercados. Frente a la capciosa dicotomía Estado-mercado, cabe señalar que los mercados siempre están constituidos políticamente y son el producto de marcos institucionales concretos que, por ejemplo,

permiten la privatización de terreno público en favor de la construcción de grandes infraestructuras hoteleras y turísticas. Esta concreta constitución de los mercados permitió que el sistema financiero alcanzara el estatus de principal sector de actividad redistributiva gracias al fraude, la apropiación y la especulación. Asimismo, favoreció la promoción de las acciones bursátiles y la apropiación de bienes comunes como la tierra y el agua en favor de la expansión urbanística, o de activos anteriormente controlados por el Estado, como por ejemplo el sistema sanitario y el educativo. Las tierras comunes y los espacios públicos se ven reducidos y mercantilizados a través de mecanismos políticos que permiten la apropiación privada.

Se puede deducir así que el crecimiento urbanístico es una forma de apropiación del espacio público-común (espacios naturales como el litoral) para favorecer la iniciativa privada, en este caso del sector turístico, profundamente vinculado al sector financiero-inmobiliario (Murray, 2012) y con especial relevancia del sector hotelero. La financiarización de la economía es ahora una constante del nuevo tablero capitalista, en donde la revalorización del suelo urbano para inducir usos más rentables (como bien pueden ser hoteles o complejos de apartamentos turísticos) se hace en perjuicio de lo común, siempre bajo la fórmula de concesiones legales. Sus manifestaciones más relevantes consisten en la turistización misma del espacio (ya sea una ciudad o una isla) y la gentrificación de la ciudad. Dichas transformaciones se han consolidado sobre los cambios en el uso del suelo: paisajes naturales, tierras públicas, que dejan paso a grandes construcciones preparadas para albergar a centenares de turistas y un modelo extractivista de recursos (como, por ejemplo, de materiales para la construcción o el agua) que hacen frente a aquella mayor demanda son algunas de las consecuencias de la prominencia de la actividad turística. Estas son el tipo de consecuencias que no se mencionan cuando habitualmente se escucha hablar de la industria turística.

La turistización balear no sólo afecta a espacios naturales como el litoral costero, con la consiguiente presión sobre los recursos que ello supone. La expansión urbana y la pérdida de paisaje y espacios naturales en la costa mediterránea ha sido fomentada por la especialización turístico-inmobiliaria (López y Rodríguez, 2010). Desde la corriente de la teoría crítica urbana (Brenner, Bianchi), que se orienta a explorar las construcciones ideológicas y los bloques de poder que están detrás de las formas urbanas (Brenner, 2009), la geografía del turismo suele incluirse dentro de los procesos de acumulación de capital. En este sentido, los espacios urbanos en Mallorca y el resto de las Baleares se han volcado en la extracción rentable de beneficios a través de la actividad turística y la consiguiente construcción de edificios hoteleros y, en general, la proliferación no solo de edificios sino también de equipamientos dedicados a la actividad turística. Para entender el funcionamiento de estos espacios urbanos cabe revelar el papel que juega el Estado y los organismos gubernamentales locales, elucidando las relaciones entre estos y los sectores privados locales en la mercantilización de espacios naturales y otros espacios.

En esta misma dirección, las tesis que el sociólogo francés Henri Lefebvre (1901-1991) expone en su obra *La producción del espacio* (2013) son realmente apropiadas para entender la producción de los espacios turísticos en las Islas Baleares. Desde una orientación marxista, el autor francés propone entender el espacio (rural, urbano, etc.) como una de las distintas herramientas que tienen las clases dominantes para mantener su

hegemonía. El espacio, así, deja de ser concebido como el medio vacío que contiene las relaciones sociales para pasar a entenderse como una de las principales vías que perpetúa las relaciones dominantes-dominados, como una herramienta al servicio del poder y del capital. En España y las Islas Baleares, la producción de espacios turísticos ha servido para consolidar un régimen extractivista (de recursos y personas) que concentra la riqueza en unas pocas manos, entre las que están las del empresariado hotelero y, dentro de este, unas pocas cadenas hoteleras. Históricamente estas cadenas hoteleras¹ han venido guardando vínculos muy importantes con otros actores económicos claves en esta producción de espacios turísticos, como las empresas constructoras o las agencias de viaje. Esta estructura dispersa del empresariado hotelero es vital para analizar su repercusión en los procesos de turistización del territorio balear, así como la evolución de la historia balear en las últimas décadas.

Qué hacer. Pretendidas soluciones y soluciones necesarias

Actualmente, las escasas voces que siguen obcecadas en defender modelos socioeconómicos como el balear corren el riesgo de ser tachadas, como mínimo, de perturbadas y negacionistas. Aunque estas no sean pocas (como, por ejemplo, Hatur, la patronal de alquiler vacacional), existe un amplio consenso que reconoce el problema y son mayores en número las propuestas (muy diversas, puesto que cada una atiende a realidades concretas) que proliferan para poner freno a la insostenibilidad de estos modelos: desde las llamadas al turismo lento, pasando por la zonificación para limitar el alquiler vacacional, hasta aquellas otras que proponen acabar con el “todo incluido”, regular la llegada de turistas promocionando un turismo ‘de calidad’, etc. La información y el diagnóstico que hasta ahora se han expuesto deben servir como instrumentos para valorar minuciosamente las propuestas e iniciativas, para ponderar sus potenciales impactos y beneficios. Es por ello por lo que existe la necesidad de distinguir entre aquellas propuestas confusas que, como se tratará de demostrar, acaban reducidas a simple retórica o entelequias (y que en muchas ocasiones se identifican con aquellas propuestas institucionales), y aquellas otras que tienen como objetivo atajar el problema de raíz. Entre las que se incluyen en el primer grupo se encuentran todas aquellas propuestas destiladas a partir de la noción de desarrollo sostenible, como el turismo sostenible. Estas han desembocado en el uso y abuso del término sostenible como una nueva estrategia, un nuevo nicho de mercado del capitalismo enmarcado bajo la noción de capitalismo verde.

a) La retórica del desarrollo sostenible

La construcción y la concepción de desarrollo como crecimiento económico pronto se vieron envueltos en polémicas teóricas y políticas que dieron lugar a enfoques críticos, como el enfoque de la dependencia que surge en América Latina de las tesis guevaristas. Diferentes grupos sociales como partidos políticos, sindicatos, empresas o movimientos sociales también han contribuido a la construcción y la crítica del concepto, así como a su

¹ Una cadena hotelera (CCHH) es una empresa que administra a través de una gestión única un gran número de hoteles, hoteles apartamento y/o apartamentos turísticos que pueden estar ubicados en diferentes áreas. Según Hosteltur, en el año 2012 una tercera parte (más de 5 millones) de habitaciones de hotel del mundo estaban controladas por 300 cadenas hoteleras, y 3,9 millones de habitaciones de hotel estaban controlados por las diez principales cadenas hoteleras.

aplicación en el campo de la política. Por otro lado, emergen aproximaciones ambientalistas en un contexto en el que afloran problemas y riesgos ambientales: deforestación, contaminación de mares, ríos y lagos, contaminación acuciante o la desertificación son cuestiones que comienzan a achacarse a un modelo de desarrollo que considera a los recursos naturales como simples medios para el enriquecimiento económico.

Con el objetivo de contrarrestar estos y otros males ocasionados por el mantra del desarrollo, surge el concepto de desarrollo sostenible a la luz de la Primera Cumbre de la Tierra, celebrada en 1972 en Estocolmo. En ella, según J.M Naredo (2007), se presenta dicho concepto con ambigüedad calculada y, cuando no se utiliza de dicho modo, se opta por la corriente débil de la sostenibilidad. En dicha cumbre participaron más de 100 países y fue el primer precedente de la lucha global contra los problemas ambientales. Fruto de dicha reunión se crea también el PNUMA (Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente) con el objetivo de señalar la profunda relación entre desarrollo económico, social y medio ambiente. Desde entonces y hasta su apoteosis en la Cumbre de Río de Janeiro en 1992, la aparición y consolidación de enfoques medioambientales en torno al desarrollo crecen exponencialmente. Algunos de los términos que aparecen son el ecodesarrollo, el otro desarrollo y desarrollo sostenible, este último casi omnipresente en el lenguaje científico, periodístico, social y político desde 1992. Es un término que nace del reconocimiento de que existen límites naturales a la expansión de la civilización occidental (que no pueden excederse si se pretende sobrevivir como humanidad), resultado de una toma de conciencia global relativa que pone en entredicho la viabilidad del crecimiento económico como objetivo deseable. No obstante, la etiqueta “sostenible” se ha popularizado y utilizado indiscriminadamente, posibilitando que aquella se convierta en un nuevo nicho de mercado para las lógicas capitalistas.

Dentro de este nuevo paradigma marcado por la retórica del desarrollo sostenible, la Organización Mundial del Turismo estableció las directrices que debían guiar el desarrollo sostenible del turismo, así como las prácticas que deben ser aplicadas en todos los destinos turísticos. Ello prueba que empieza a crecer una demanda de turismo más respetuoso con el medioambiente, de la que nacen propuestas como las ecotasas para la protección de zonas naturales vulnerables; propuestas relacionadas con un alojamiento local y de cercanía, bajo la etiqueta de comercio justo, que consuma menos recursos energéticos que las grandes infraestructuras hoteleras y, entre muchas otras, aquellas que apuestan por la revalorización de aquellos trabajos relacionados con la actividad turística (las Kellys). La OMT define turismo sostenible como: El turismo que tiene plenamente en cuenta las repercusiones actuales y futuras, económicas, sociales y medioambientales para satisfacer las necesidades de los visitantes, de la industria, del entorno y de las comunidades anfitrionas. A la luz del informe que la Organización Mundial del Turismo (OMT), el PNUMA y la Organización Meteorológica Mundial (OMM) realizaron conjuntamente para la segunda Conferencia Internacional sobre Cambio Climático y Turismo en octubre de 2007 resulta contradictorio hablar de turismo sostenible. Esto se debe a que, según el informe de 2007, las emisiones de CO₂ procedentes del turismo internacional, incluidos todos los medios de transporte, el alojamiento y otras actividades relacionadas, alcanzaron los 1307 millones de toneladas en 2005, un 4,95% del total mundial. El número total de turistas con el que trabajaba dicho informe era de 846 millones de turistas, mientras que según los datos que la OIT presentó en 2017 la cifra de turistas a nivel mundial en ese año alcanzó los 1235 millones, razón por la cual convendría actualizar el informe realizado en 2007.

Con motivo de la celebración del Año Internacional del turismo sostenible para el desarrollo, impulsado por la ONU y la OMT el Govern de las Islas Baleares (compuesto por miembros del PSOE y Més) y los Consells insulares crearon el documento Estrategia de Turismo Sostenible para las Islas Baleares 2017-2020 “que tiene como principal finalidad la competitividad sostenible de Islas Baleares”. Según el documento esta debe basarse en “un modelo turístico conforme a los principios generales de la sostenibilidad, el crecimiento económico inclusivo y sostenible; la reducción de la pobreza y la generación de bienestar; el uso eficiente de los recursos, protección ambiental, lucha contra el cambio climático y equilibrio territorial; los valores culturales, diversidad y patrimonio; la comprensión mutua, paz y seguridad”. En una aproximación somera, cualquiera puede atestiguar estrategia del Govern resulta insuficiente para poner freno a la acuciante saturación, la cual conduce al deterioro ecológico y a una presión enorme sobre los recursos. No obstante, es importante reconocer que existe cierta conciencia institucional de la complejidad del asunto (aunque posteriormente no se materialice en acciones concretas).

b) Una propuesta realista

La propuesta del Govern, enmarcada bajo el paradigma de desarrollo sostenible, no pone freno a la creciente presión sobre los recursos que trae consigo la llegada masiva de turistas. Por ello, más que ponerle coto y ofrecer soluciones, sigue perpetuando el modelo de monocultivo turístico. Tal vez por todos los ánimos que ha levantado la noción de desarrollo sostenible son este tipo de propuestas las que hoy día gozan de mayor visibilidad social y propaganda. Sin embargo, desde diversas instancias, y muy especialmente desde los movimientos sociales críticos con el turismo, existen otras propuestas y otros conceptos con los que abordar las situaciones de excepción que se están viviendo durante los últimos años en estas islas. La única solución con la que detener el progresivo deterioro ecológico balear pasa por la desturistización de la economía. Esta se cimenta, necesariamente, sobre dos principios básicos: limitar y regular la actividad turística y, por otro lado, diversificar la economía.

La respuesta a las cuestiones de la limitación y regulación pasan por la noción de decrecimiento: decrecer turísticamente para crecer en otros aspectos. Aunque no existe una definición ampliamente compartida para el término decrecimiento, muchas voces coinciden en que este expresa una aspiración o un marco en el que confluyen una miríada de corrientes de pensamiento, propuestas para la acción e intervenciones socioeconómicas y ecológicas. Como corriente de pensamiento político, dicho concepto se define en oposición al crecimiento como marco de referencia dominante en la economía actual. Este concepto tiene los mismos orígenes que dieron lugar a la noción de desarrollo sostenible. Tal y como se ha comentado hacia el principio de este trabajo, estos orígenes pueden remontarse a todos aquellos críticos con la idea de desarrollo, crecimiento, así como con la sociedad del consumo, principalmente después de la II Guerra Mundial. Aunque el término decrecimiento fue apartado por el de desarrollo sostenible, desde el año 2002 el movimiento por el decrecimiento ha tomado fuerza de nuevo, sobre todo a partir del inicio del coloquio celebrado en el Palacio de la UNESCO de París, organizado por el Programa Gestión de las Transformaciones Sociales de la UNESCO.

Sin embargo, para el eco-marxista John Bellamy Foster (2009) el decrecimiento, también en la industria turística, es un "teorema imposible" en el seno de una economía capitalista. Defiende que el capitalismo "requiere un crecimiento continuo para gestionar sus contradicciones internas que, de otro modo, amenazarían su supervivencia". Dentro de los circuitos económicos globales, el turismo puede ser entendido como una de las principales vías "que mantienen la expansión y la reproducción ampliada del sistema capitalista". Desde esta perspectiva, un decrecimiento real requeriría desafiar los principios fundamentales de la economía capitalista y trabajar para poner en marcha aquella reestructuración económica que demanda la sostenibilidad fuerte.

Aun así, resulta obvia la necesidad de una planificación y un control sobre aquellas actividades que hoy día se hallan completamente vinculadas al crecimiento turístico. Entre estas actividades figuran, básicamente, el caso de los cruceros y el parque automovilístico. Ambos fenómenos (tratados a lo largo de este proyecto) alimentan los niveles de saturación, el monocultivo turístico y tienen consecuencias desastrosas para el medioambiente. Decrecer en estos términos implicaría una fuerte planificación portuaria para reducir el número de cruceros que llegan mensualmente a los puertos baleares, así como limitar el número de cruceros que pueden coincidir en ellos un mismo día; decrecer equivaldría a poner límites al número de coches de alquiler que verano tras verano colapsan las carreteras y fomentar, no sólo mediante la concienciación sino también materialmente, el uso del transporte público entre residentes y turistas.

Sin embargo, para abandonar el monocultivo turístico no es suficiente con fijar límites. La desturistización de la economía balear exige su diversificación: decrecer turísticamente para crecer en otros sectores. Es tarea de la sociedad balear presionar desde abajo y abrir cauces a través de los cuales poder decidir esta y muchas otras cuestiones. En este sentido recordar la idea del Adam Smith menos conocido resulta mordaz y de una urgencia acuciante: la prosperidad no consiste ni en la riqueza económica ni en la abundancia de bienes, sino en la participación popular en los asuntos económicos.

Bibliografía

1. Una cadena hotelera (CCHH) es una empresa que administra a través de una gestión única un gran número de hoteles, hoteles apartamento y/o apartamentos turísticos que pueden estar ubicados en diferentes áreas. Según Hosteltur, en el año 2012 una tercera parte (más de 5 millones) de habitaciones de hotel del mundo estaban controladas por 300 cadenas hoteleras, y 3,9 millones de habitaciones de hotel estaban controlados por las diez principales cadenas hoteleras.

-Amer, J. (2005). Turisme i política. L'empresari hotelier de Mallorca: el període autonòmic de 1983 a 2003. Departament de Sociologia. UAB.

-Bell, D. (2006). El advenimiento de la sociedad postindustrial: un intento de pronòsis social. Alianza Editorial.

- Bellamy Foster, J. (2009). La revolución ecológica: haciendo las paces con el planeta. Americas Global United States.
- Blázquez, M.; Pallicer, A. (2016). Turismo y caciquismo hotelero en las Baleares: La publicación "Tot inclòs" y la quiebra del consenso social. Albasud.
- Blázquez, M.; Murray, I. (2010). Una geohistoria de la turistización de las islas Baleares. El Periplo Sustentable: revista de turismo, desarrollo y competitividad.
- Blázquez, M.; Garau, J.M.; Murray, I. (2002). El Tercer Boom. Indicadors de sostenibilitat del turisme de les Illes Balears (1989-1999). Editorial Lleonard Muntaner, Palma.
- Brenner, N. (2009). What is critical urban theory? Journal City.
- Britton, S. (1982). International tourism and multinational corporations in the Pacific: the case of Fiji. The geography of multinationals, Londres.
- Buades, J. (2004). On brilla el sol. Turisme a les Balears abans del boom. Res Publica, Eivissa.
- Buades, J. (2009). Do not disturb Barceló. Viaje a las entrañas de un imperio turístico. Icaria, Barcelona.
- Carpintero, O. (2003). Los costes ambientales del sector servicios y la nueva economía: entre la desmaterialización y el 'efecto rebote'. Economía Industrial.
- Carpintero, O. (2005). El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000). Madrid: Fundación Cesar Manrique.
- Fisher-Kowalski, M. (1997). Handbook of Environmental Sociology. Editado por Michael R. Redclift y Graham Woodgate.
- Grup Balear d'Ornitologia i Defensa de la Naturalesa, GOB Mallorca (2015). Informe Els camps de golf a Mallorca. Estiu 2015. <http://www.gobmallorca.com/comuni/com2007/GOLF-INFORME-estiu2008.pdf>.
- Harvey, D. (2003). Espacios del capital. Hacia una geografía crítica. Editorial Akal.
- Harvey, D. (2004). El nuevo imperialismo. Editorial Akal.
- Hobsbawm, E. (2011). La era del capitalismo (1848-1875). Editorial Libros de Historia.

-Ionnades, D; Debbage, K. (1998). La geografía económica de la industria turística. Routledge.

-Jafari, J. (1974). The components and nature of tourism. The tourism market basket goods and services. Annals of Tourism Research.

-Lefebvre, H. (2013). La producción del espacio. Capitán Swing, Madrid.

-Logan, J.; Molotch, H. (1987). Urban Fortunes: The Political Economy of Place. Berkeley: University of California Press.

-Lopez, I; Rodríguez, E. (2010). Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010). Madrid: Traficantes de Sueños.

-Murray, I. (2012). Geografies del capitalisme balear: poder, metabolisme socioeconòmic i petjada ecològica d'una superpotencia turística. Departament de Geografia. Universitat de les Illes Balears.

-Naredo, J.M. (2006). Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas. Siglo XXI, Madrid.

-Naredo, J.M. (2007). El conflicto entre eficacia y sostenibilidad. Utilizar el "capital mineral" de la tierra o el flujo solar y sus derivados renovables. Icaria, Barcelona.

-Nash, D. (1992). El turismo considerado como una forma de imperialismo. Anfitriones e invitados. Madrid: Ediciones Endymion, 1992.

-Riutort, B.; Valdivielso, J. (2004). Canvi social i crisi ecològica a les Illes Balears. Les dimensions socials de la crisi ecològica. Ed. UIB, Palma de Mallorca.

-Rullán, O. (1998). Crecimiento y política territorial en las Islas Baleares (1955-2000). Estudios geográficos.

-Sessa, A. (1983). Elementos de economía turística.

-Shiva, V. (2016). Quién alimenta realmente al mundo. Capitán Swing, Madrid.

-Turner, L.; Ash, J. (1991). La horda dorada. El turismo internacional y la periferia del placer. Endymion, Madrid.

-Turner, L. (1976). The international division of leisure: tourism and the Third World. World Development vol .4 núm.3, p.253-260.

